

EN PUNTO

suficiente protección contra un posible asalto de la izquierda—, pero no es posible olvidar el hecho histórico de que la entrada más espectacular del desorden en Francia se produjo desde la derecha y como consecuencia de la guerra de Argelia. Las bombas y los comandos de la Organización del Ejército Secreto crearon en Francia un desorden mucho mayor —y un elevado número de muertos y heridos— que la revolución estudiantil. Pero sin necesidad de recurrir a factores ya históricos, aunque siempre latentes —los «slogans» de «Argelia francesa» se volvieron a escuchar en los contramanifestantes de mayo de 1968—, la misma situación de la Francia actual se manifiesta en una serie de actos de violencia procedentes de elementos conservadores y derechistas: los pequeños comerciantes —de los que Nicoud es el actual héroe visible, como antes lo fue Poujade—, los agricultores, se manifiestan con violencia, ruptura y destrozos. El senador Marcel Martin —alcalde de Nancy— ha señalado que hay violentos «en todas las clases sociales», mientras otros senadores explicaban las razones conservadoras para su oposición al proyecto: «Si se devalúa la noción de manifestación, la acción política quedará en manos de clandestinos», dice uno, mientras otro explica que los organizadores de manifestaciones de buena fe obedecerán la ley, y serán desbordados «por un sindicalismo salvaje, mucho más peligroso». Es curioso que sea un comunista (Gargar, de Guadalupe) quien defiende a las manifestaciones diciendo que son «válvulas de seguridad» y que si se obturan esas válvulas «se correrá el peligro de hacer saltar el sistema».

Esta necesidad de asegurar el sistema por leyes represivas indiscriminadas parece fruto del neocapitalismo, cuya instauración daña tanto a los conservadores clásicos —pequeños comerciantes, burguesía media, agricultores— como a ciertas formas de progresismo —sindicatos, estudiantes—, de forma que su represión debe hacerse en un sentido doble. Muchos temen que este tipo de implantación se asemeje al fascismo. El profesor Maurice Duverger no cree que haya riesgo de un fascismo abierto en Francia, sino de que se caiga «en una especie de dictadura larvada, de autoritarismo blando, de semitiranía, donde los atentados contra la libertad serían suficientemente restringidos como para parecer soportables y suficientemente fuertes como para destruir lo esencial de la sociedad liberal». Muchos tienen el temor de que esa situación que Duverger describe como posible y futura haya sucedido ya. Pero el temor al futuro es suficiente. Lo ha expresado el propio primer ministro, Chaban-Delmas, al rebatir en la Asamblea Nacional a los que se oponían a este proyecto de ley en una primera lectura y denunciaban el riesgo de fascismo: el peligro, dice Chaban-Delmas, «será imaginario en tanto que un gobierno democrático ejerza el poder». Nadie garantiza, sin embargo, la imposibilidad de acceso al poder de un gobierno no democrático; nadie garantiza que no haya una reconversión del mismo gobierno actual y, en realidad, las agrupaciones de izquierda aseguran que eso ha sucedido ya, y que el texto de proyecto de ley que permite reducir a la impotencia a los movimientos de oposición, «sin los cuales la democracia no puede existir» (Duverger), es ya un abandono claro de las tradiciones democráticas y liberales.

La guerrilla hispanoamericana MUERTE DE YON SOSA

Marco Antonio Yon Sosa era el dirigente de uno de los movimientos guerrilleros mejor implantados en América Latina (ver TRIUNFO, número 411). El sábado 16 de mayo fue muerto en Méjico, cerca de la frontera guatemalteca, por las fuerzas armadas mejicanas. El ministro de Defensa mejicano, general García Barragán, ha dicho que los guerrilleros fueron los primeros en abrir fuego y que si, en lugar de ello, hubieran solicitado asilo político «se podría haber llegado a un acuerdo con ellos». Sin embargo, en los últimos tiempos la actitud de los militares mejicanos ha sido hostil para con los guerrilleros guatemaltecos que cruzaban la frontera. El Gobierno mejicano parece temer que su propia extrema izquierda vaya a organizar guerrillas, hasta ahora desconocidas en el país.

El capitán Yon Sosa —hijo de un comerciante chino— participó, en 1960, en un intento de golpe de Estado contra el Gobierno proamericano de Ydígoras Fuentes; fracasado, pasó a la clandestinidad, y en ella vivió estos últimos diez años. Yon Sosa participó entonces de la ideología trotskista y, más tarde, se

declaró maoísta. Después de un viaje a Cuba, donde se entrevistó con el comandante Ernesto Guevara, en 1962, regresó a su país y organizó el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y aceptó la unidad de acción con los comunistas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Turcios Lima, pero las diferencias graves de concepto les separaron pronto.

Cuando Turcios Lima murió —en 1966, en un accidente de automóvil—, su sucesor, César Montes, entabla ciertas relaciones con Yon Sosa, de forma que podía esperarse una nueva acción común. Fidel Castro, que le había criticado públicamente, cambió más tarde su posición. Yon Sosa pretendía apoyarse principalmente en los indios, víctimas principales de la explotación, y daba a su movimiento un carácter agrario y antiamericano. Intentó acciones de masa —se supone que aconsejado por los chinos—, que fracasaron. Sin embargo, sus guerrillas se mantenían firmemente y no permitían que las destruyera el ejército de diez mil hombres dirigido por especialistas norteamericanos de la antiguerrilla.

Europa socialista EL FUTURO DEL COMECON

Los soviéticos están tratando por todos los medios de convencer a los otros países de la Europa Oriental de la necesidad de estrechar los lazos económicos dentro del marco del Comecon.

Sin embargo, tan sólo los búlgaros parecen estar plenamente de acuerdo con los proyectos de Moscú; ya se ha iniciado la «planificación conjunta» de una serie de industrias búlgaras y soviéticas. Entre los restantes países, los rumanos se oponen, por razones puramente políticas, a una integración en las condiciones fijadas por la Unión Soviética. Los alemanes orientales, por su parte, tampoco parecen ver demasiadas ventajas en dichos

proyectos y prefieren continuar como hasta ahora, aunque sus razones sean más de índole económica que política.

Los polacos, los húngaros y los checoslovacos desconfían igualmente del Comecon. Los polacos, por ejemplo, prefieren especializarse en una más estrecha cooperación con sus vecinos, los alemanes orientales y los checoslovacos. Los húngaros temen que los rusos puedan interferirse a través del Comecon en sus proyectos de reforma económica. Y los húngaros desearían que se modificasen de una vez las anticuadas estructuras de dicha organización supranacional.

América rota ALBAÑILES CONTRA «SABELOTODO»

Los obreros de la construcción son los mejor pagados en los Estados Unidos: su salario actual está establecido en seis dólares/hora, o sea, unas 420 pesetas. Un obrero de la construcción puede llevar a su casa todos los meses cerca de mil

quinientos dólares: unas cien mil pesetas. Aun teniendo en cuenta los altos precios, estas ganancias se pueden considerar como muy importantes. La relación entre esta situación social y las manifestaciones en favor de la política presidencial

debe ser tenida en cuenta. Constituyen una clase eminentemente conservadora. Su desprecio hacia los intelectuales y los estudiantes es, por otra parte, manifiesta. En la carta abierta en que explicaban su manifestación en favor de la política de intervención en Indochina —150.000 manifestantes en Nueva York, el 20 de mayo: la manifestación más numerosa desde hacía muchos años— decían que es-

zar las capacidades económicas y militares del mundo libre para resistir a la agresión comunista tanto en el plano militar como en el de la propaganda». Esta política no ha cesado de mantenerse. El artículo 8, sección VII, de la constitución de la central sindical, dice que el consejo ejecutivo puede suspender una federación que haya sido reconocida culpable de «sufrir una influencia comunista».



taba: inspirados por el deseo de demostrar «que el amor al país y el amor y el respeto por la bandera no están tan anticuados como quieren hacer creer los "sábelotodo"».

El término despectivo de «sábelotodo» es explícito. Por otra parte, los sindicatos obreros fueron configurados desde la postguerra como un arma anticomunista. Dentro de los movimientos sindicales, los comunistas se opusieron al Plan Marshall y fueron excluidos de las centrales sindicales en una depuración que duró varios años. En 1956, Arthur Goldberg —que después sería embajador de los Estados Unidos en la ONU— escribió un libro acerca del sindicalismo americano, titulado «Labor United», donde describía las líneas principales de la política de las dos grandes centrales laborales americanas, la AFL y la CIO, con estas palabras: «Contener la penetración comunista entre las naciones libres; eliminar el dominio comunista donde exista; mantener la fuerza armada americana a un nivel en relación con una evaluación concreta de las potencialidades comunistas de agresión; refor-

La política de coexistencia pacífica, o de apertura al Este, que fue iniciada por Johnson, ha sido criticada por los sindicatos en una moción en la que preguntaban: «¿Por qué permitir que los jefes comunistas se aprovechen de nuestra competencia técnica ayudándonos de ese modo a forjar nuevas cadenas?». En cuanto a George Meany, presidente confederal de la CIO, se explica así: «Hablando francamente, nosotros, los sindicalistas americanos, amamos el sistema capitalista. Pretendemos, desde luego, continuar nuestros esfuerzos para mejorar el nivel de vida de los trabajadores, mejorando el sistema en sí mismo. Pero no aceptamos abandonarlo por quimeras o por algunas fantasías ideológicas inventadas por aquellos que no comprenden las necesidades y las aspiraciones reales de los trabajadores». El dirigente sindicalista Walter Reuther intentaba atraer a la central —en contra de Meany— a la juventud estudiantil, los universitarios y los obreros. Pero Reuther ha muerto en accidente de aviación a principios de mayo.

El padre Arrupe, en España LA COMPAÑÍA Y EL MUNDO DE HOY

La figura ascética, vivaz y, sin embargo, serena del padre Arrupe la hemos tenido con nosotros estos días. Hombre fundamentalmente comprensivo y abierto a las diferentes mentalidades de los hombres y de los creyentes, por causa de sus

múltiples contactos con las gentes más diversas en los países de misión, donde vivió antes de ser general de la Compañía de Jesús. Y después de nombrado general no ha cejado en este afán viajero, mostrándose un gobernante itinerante que

le preocupa más el contacto personal que el trámite burocrático.

En su importante Carta a toda la Compañía, fechada el 27 de septiembre de 1969, nos da la clave tanto de su actitud como de las declaraciones que ha hecho a la prensa española y extranjera. De ella hay que servirse para entender las diversas actuaciones del padre Arrupe. Ha estudiado la extensa documentación aportada por todos los países, y resumida en el famoso «Survey», donde la propia Compañía expresa su situación ante el mundo actual y sus posibles planes futuros de acción. Pero en vez de hacer un documento extenso y minucioso, reflejando esta información y estas inquietudes, eligió otro camino, como ha hecho ahora en España: fomentar las entrevistas personales con dirigentes y dirigidos de la Compañía de Jesús, y establecer una dialéctica personal con ellos, más vital y práctica que abstracta y académica. Ha aplicado a su gobierno —en España y fuera de ella— el principio de subsidiaridad. Parte siempre de abajo y no de arriba, y está dispuesto al diálogo abierto y franco, intentando, más que una discusión, la responsabilización de todos en los asuntos que afectan a cada uno. Según él, no se trata de hablar y más hablar, manejando los temas que nos preocupan con morbosa insistencia, sino de trabajar, de ensayar y experi-

ha aludido a la susceptibilidad política encontrada por él en algunos ambientes. Sus mismas actitudes —que él considera normales e independientes— han sido muy diversamente juzgadas por unos y por otros, dándoles un tinte que él cree que no tienen.

Piensa también que el jesuita debe dedicarse «a la búsqueda de nuevas formas de vida y de apostolado...» y no se puede cortar la cizaña —si la hubiere— cortando al mismo tiempo el trigo. Los renovadores quieren, con todo derecho, «una espiritualidad profundamente evangélica, fuerte, abierta, exigente...» en una forma de vida y actividad modernas.

Sin duda no es ya tiempo de grandes obras e instituciones eclesiales, sino de «una apertura hacia fuera, positiva y necesaria, que dará origen a veces a una disminución de estructuras e instituciones, y a una mayor elasticidad en nuestra vida y en nuestra actividad».

Existe, según él, una desviación poco espectacular entre los jesuitas, pero muy nociva, la de «exagerar las actitudes y elementos ya sobrepasados y obsoletos, o de carácter monástico, que nos separan indebidamente del mundo actual». Por eso no ha consentido —como algunos conservadores querían— la división en dos de la Compañía de Jesús: la de los antiguos y tradicionales, que, aunque muy pocos, son



El padre Arrupe visita en Murcia la Escuela de Formación Profesional San Jerónimo.

mentar con criterio realista. Eso es lo que, según las noticias recogidas, ha recordado a los jesuitas españoles con motivo de su visita a nuestro país. Opina que, en algunos casos, hay una inflación de palabras a nivel privado y que esto va en demérito de una mayor acción, eficaz y concreta, en el mundo católico nuestro, aunque esta acción tenga que ser, en ocasiones, modesta.

En sus declaraciones, públicas y privadas, de una manera o de otra,

insistentes, y la de los modernos y actuales, que quieren adaptar y renovar la Compañía ampliamente.

En todos los países donde ha estado —eso le ha pasado también en Polonia y Checoslovaquia— ha visitado a las autoridades del país, como también ha hecho en el nuestro. Pero su finalidad ha sido bien concreta: tomar contacto y dialogar con los jesuitas españoles. Y éstos lo han hecho con una franqueza y sinceridad más amplias de lo que probablemente esperaba el padre